

LA MALA POLÍTICA

Alfredo Joignant

“Yo tengo compromiso conmigo mismo” (sic), “voy a seguir trabajando en el Congreso y en la región”. Es en estos extraños términos que el senador Moreira (UDI) ratificaba su permanencia en la Cámara Alta ante peticiones de abandonar el escaño por el caso Penta: un alegato absurdo, ya que en la legislación chilena no existe la posibilidad de renunciar al cargo apelando únicamente a la voluntad. Pero, ¿por qué razones se es diputado o senador? ¿Es un asunto de compromiso consigo mismo, algo así como un acto de conciencia, íntima e individual, en la más completa indiferencia por lo que implica –más allá de los motivos personales- representar los intereses de otros?

A decir verdad, el confuso alegato del senador Moreira es extensible a gran parte de los parlamentarios, quienes en coyunturas escandalosas reaccionan mal ante la gran crisis de confianza que los afecta. Peor aún, no es sólo el mundo político quien reacciona torpemente: la reciente toma de posición del presidente de la Corte Suprema es una prueba más, quien estima evidente lo impropio del fuero parlamentario, puesto que produciría una situación de desigualdad intolerable. ¿Es tan así? ¿Por qué será que en Congresos y parlamentos de la mayoría de las democracias desarrolladas el fuero existe? ¿No será porque, superado su origen decimonónico cuya función era proteger al legislador ante presiones del ejecutivo a la hora de legislar, los parlamentarios se encuentran sujetos a presiones de poderes fácticos de otra índole, partiendo por los económicos? Qué duda cabe: es posible contribuir a la hoguera de la democracia de buena fe, desde la alta conciencia que se tiene de sí mismo hasta en nombre de la igualdad.

Con el fin de amainar el fuego, es importante saber guardar silencio. Lo grave en esta fase tan escandalosa de la política chilena es que, episodio tras episodio, la compulsión por tomar la palabra es sorprendente, produciendo un daño cada vez más profundo a una actividad esencial para el funcionamiento de la democracia.

¿Por qué es tan difícil no inflamar la hoguera por parte de quienes protagonizan la política? En primer lugar, porque no hay que perder de vista que el acto de habla es la acción elemental de la actividad política: es con palabras y no a golpes que se compete por las mayorías en democracia, lo que permite entender la propensión a hablar, generalmente de modo intrascendente. Esto es lo que explica que el uso del silencio quede reservado para quienes, figuras de excepción, tienen poder y lo usan con discreción y sin ostentación. Pero hay una segunda razón para explicar la compulsión verbal: en situaciones de crisis, el acto de habla por políticos es también un reflejo del nerviosismo que invade a todos. Algo así como lo que Habermas llama la “ansiedad cartesiana”, un impulso racionalizado para dar cuenta de un mundo que tambalea, y del que diputados y senadores son parte integrante. Es precisamente por

esa razón, compulsiva, que entre todos se contribuye alegremente a la hoguera, sin entender los resortes ni las consecuencias de lo que se dice.